

APUNTES PARA UNA BREVE HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO EN AMÉRICA LATINA

La historia del movimiento obrero latinoamericano se empieza a escribir a fines del siglo XIX y consolida su formación en las primeras décadas del siglo XX. A partir de entonces y hasta la actualidad será uno de los actores destacados de la realidad política, económica y cultural de América Latina en su conjunto, marcando con su presencia y transformaciones la historia de los últimos cien años. Hay numerosas variables que explican su desenvolvimiento tanto desde el punto de vista regional en su conjunto (con características comunes que se comparten en todo el entramado latinoamericano), como desde el punto de vista de las particularidades nacionales. Las transformaciones económicas que comporta la inserción de América Latina en el mercado mundial, el desarrollo de un tipo de capitalismo característico de economías dependientes y el despliegue de una clase dominante con fuertes vinculaciones con los resortes de poder, europeos y norteamericanos, serán factores fundamentales a la hora de definir las modalidades de proletarización de los sectores populares latinoamericanos. También lo serán su distribución regional, su relación con el aparato productivo y con el resto de los sectores sociales en términos cuantitativos y su conformación sociocultural. En ese mismo sentido, los flujos poblacionales transformaron en buena medida el perfil de la población latinoamericana, toda vez que no se dieron solo como movimientos interregionales sino que implicaron la afluencia de enormes cantidades de personas. Estos movimientos en general, estuvieron destinados a nutrir las filas de la clase obrera de los diferentes países.

Las características ideológicas y políticas que asumirá el movimiento obrero a nivel latinoamericano están vinculadas a múltiples factores, entre los que se encuentran las influencias de las organizaciones obreras internacionales, la afluencia de tradiciones de lucha popular de larga data y la relación con los movimientos políticos que a nivel nacional y regional transformaron el panorama latinoamericano.

A lo largo de su desarrollo, el movimiento obrero irá conformando sus propias herramientas de representación gremial y política, que asumirán características divergentes a partir de las transformaciones políticas y sociales del devenir latinoamericano. Tanto las organizaciones sindicales de base como las centrales regionales fueron cambiando en función de las transformaciones que sufría la clase



Mural del Colectivo Político Carpani, *Soberanía Política*, realizado en el marco de los treinta años del retorno de la democracia a la Argentina, Buenos Aires, 2013.

obrero en el plano concreto; el contexto político y social más amplio en cada caso nacional y las vertientes ideológicas que prevalecieron en cada época. Será central para comprender estas mismas cuestiones los cambios que se produjeron en la estructura económica a nivel regional y en los casos nacionales específicamente.

Algunos hitos serán fundamentales para entender estas transformaciones históricas (así como al revés, las transformaciones de la clase obrera inciden sobre el transcurso de los acontecimientos históricos y definen muchos de esos hitos como tales). Esos momentos de quiebre tuvieron que ver tanto con la situación latinoamericana como con el contexto internacional, con la propia acción de los sectores populares en la defensa de sus derechos, así como con las estrategias de la clase dominante para contener esos reclamos y maximizar sus beneficios.

Desde la Revolución mexicana en el plano latinoamericano y la Revolución rusa en el internacional, pasando por el desarrollo de movimientos populares de masas que se dieron a lo largo y ancho de todo el subcontinente los procesos de avance político de los trabajadores, en alianza con otras capas de los sectores populares, el Ejército, la Iglesia o sectores de clase media, tuvieron múltiples expresiones que se fueron transformando con el devenir de los acontecimientos políticos y sociales que en buena medida tuvieron un pulso común en toda América Latina. A su vez, desde el punto de vista de los sectores dominantes, tanto el aspecto represivo, como los intentos de cooptación, así como las diferentes estrategias ante las transformaciones y crisis del capitalismo tuvieron fuertes implicancias en los cambios, en los términos en que el movimiento obrero se dio a la organización, como su relación con el Estado y las demandas planteadas.

ANTECEDENTES Y PRIMERAS ORGANIZACIONES OBRERAS

En las últimas décadas del siglo XIX, se comienza a desarrollar un incipiente proceso de proletarización de la población rural y del artesanado urbano, en línea con los nuevos requerimientos de un mercado de trabajo que se ha ido transformando de forma acelerada. La inserción de América Latina en el mercado mundial y el desarrollo de unas primeras formas de capitalismo dependiente amoldan la emergencia de los Estados nacionales a las necesidades de las clases dominantes nativas. Leyes contra la «vagancia», expropiaciones masivas de tierras y liberalización de los lazos sociales son algunas de las expresiones que tiene la transformación profunda de la estructura productiva y el entramado social latinoamericano. La canalización de mano de obra a los grandes enclaves mineros y agrícolas se convierte, entonces, en una primera etapa de desarrollo de un nuevo sector social. Y que asumirá características distintivas a lo largo de los años que siguen.

Alrededor de las minas, de los centros de producción agrícola y en las zonas urbanas de los incipientes trabajos de servicios (transporte, comunicación, etc.) se desarrolló un sector de trabajadores que se desvinculaban de la tierra como principal medio de sustento y en muchas ocasiones debían trasladarse de sus lugares de origen para trabajar. A las migraciones internas que se producen principalmente desde el campo hacia los centros urbanos, se le suma un importantísimo afluente de inmigrantes europeos. Estos trabajadores, provenientes en su gran mayoría de España e Italia, se instalaron preferentemente en la zona atlántica, transformando la conformación social de Brasil, Uruguay y Argentina. Su presencia se hará sentir

en todo el continente americano, en particular a partir de los aportes realizados desde el punto de vista de la tradición organizativa e ideológica.

Las primeras organizaciones obreras, herederas en alguna medida de las asociaciones de ayuda mutua que comenzaron a multiplicarse los años previos, estuvieron atravesadas por esta presencia extranjera y en algunos países los fraccionamientos por procedencia nacional se hicieron visibles a nivel organizativo. En la medida en que las diferencias de origen pudieron ir trascendiendo, las incipientes organizaciones sindicales fueron marcando un ritmo de desarrollo constante, aunque con bajo despliegue cuantitativo, especialmente mientras fue escaso el número de trabajadores industriales. Estaban caracterizadas además, por una relativa insuficiencia organizativa que no les permitía desarrollar una estructura a nivel nacional ni tampoco un aparato burocrático consolidado. En el marco del crecimiento del aparato ferroviario, así como de la industria alimenticia, será fundamental la consolidación de los sindicatos por empresa que funcionarán como representación privilegiada en esos rubros a partir de la década de 1910.

Las principales corrientes ideológicas que orientaron el accionar de las organizaciones sindicales de los primeros años del siglo XX fueron el anarquismo y el socialismo reformista, de cepa bersteniana (con lo cual privilegiaba el accionar a través de la vía parlamentaria de acuerdo con una concepción gradualista del cambio social, según planteaba Eduard Bernstein). Los anarquistas, que tenían distintas orientaciones internas, pudieron afincar más profundamente en las bases obreras por su vocación reivindicativa y sus aportes a nivel organizativo. La defensa de los derechos en relación con las condiciones de trabajo, principal demanda de los obreros de principios de siglo, los ubicaron en un lugar preponderante y a través del método de la acción directa (sabotajes, atentados y huelgas), los anarquistas fueron protagonistas de los hechos de mayor repercusión en las primeras expresiones de protesta. La ausencia de intermediación por parte del aparato del Estado (más allá de su cara represiva) fomentó este tipo de prácticas y les dio legitimidad ante los trabajadores de la base. Más allá de esto, el anarquismo tuvo una dificultad a la hora de interpretar la realidad concreta de los trabajadores latinoamericanos, trasladando muchas veces sin demasiada capacidad de adaptación la experiencia de los obreros europeos que, aun viniendo de zonas donde el desarrollo del capitalismo se encontraba muy atrasado (en comparación con el caso inglés por ejemplo), no compartían las mismas condiciones laborales que sus pares latinoamericanos. Así, aun cuando fueron la orientación predominante dentro de las organizaciones obreras en los primeros años del siglo XX, pecaron de un cierto vanguardismo que les impidió mantener esa hegemonía una vez que las condiciones locales cambiaron.

Los socialistas por su parte, tuvieron menos incidencia en el ámbito sindical, aunque contaban con su propio radio de influencia. Su modalidad de acción se emparentaba mucho más con el esquema del reformismo europeo, que defendía el gradualismo y la conquista por la vía electoral del aparato del Estado. Mientras en América Latina predominó la faz represiva de acción estatal sobre las organizaciones de trabajadores, esta estrategia se mostró profundamente dificultosa de legitimar y tuvo mayor éxito entre sectores profesionales que se incorporaban a la arena política, más a través de los partidos políticos que de las organizaciones gremiales.

La traslación sin demasiados cuestionamientos de la experiencia europea propició una preponderancia de las posiciones librecambistas en el marco de ambas corrientes ideológicas, lo cual fue particularmente nocivo a la hora de

interpretar las posibilidades en materia económica que abría la Primera Guerra Mundial. En este contexto, las leves experiencias de proteccionismo en algunos países de la región permitieron el desarrollo de una débil expresión industrialista que generaría el crecimiento de los sectores obreros.

Aun así, se dio también una confluencia con las tradiciones de lucha populares más arraigadas en América Latina, en particular con la expresión martiana y la recuperación de la lucha de resistencia indígena, lo cual tuvo importantes repercusiones en algunos procesos políticos. El caso más paradigmático será la lucha de independencia cubana, que podrá vincular las problemáticas sociales de los sectores trabajadores con la cuestión nacional y su integración con la tradición local permitirá una cohesión supraclasista de todos los sectores populares en un mismo camino de lucha. Más allá de la derrota que implicó el nuevo dominio del imperialismo norteamericano una vez que logró desvincularse del yugo español, la experiencia de los trabajadores cubanos y el acompañamiento de algunos sectores anarquistas sentó una base de confluencia de los intereses populares de más amplio alcance con la clase obrera propiamente dicha. Similar es el caso de las expresiones anarquistas en México que, bajo el liderazgo de los Flores Magón, recogieron la tradición de lucha del liberalismo contra el porfiriato y tuvieron injerencia en levantamientos previos a la revolución de 1910.

En la conformación de la clase obrera latinoamericana será fundamental también la herencia de la esclavitud, que en algunas regiones del Caribe y en Brasil tendrá una fuerte incidencia en la conformación identitaria. La población afrodescendiente, así como la población indígena que comenzó a proletarizarse, fueron actores centrales a la hora de generar una identificación entre la explotación étnica y la explotación de clase, pero la expresión de esta realidad en las organizaciones obreras no estaría reconocida durante mucho tiempo, fomentando en algunos casos la división y fragmentación al interior de la clase trabajadora. El caso de Panamá y su enclave colonial norteamericano en la zona de construcción del canal interoceánico fue paradigmático en ese sentido, ya que la segmentación de los trabajadores por lugar de procedencia no solo diferenciaba el acceso al tipo de trabajo y de remuneración que le correspondía a cada uno, sino también la moneda de cobro del salario de los obreros (caso similar al cubano). Estas diferencias propiciaron reclamos segmentarios de los trabajadores, así como enfrentamientos internos en función de lo que se consideraban demandas contrapuestas.

La superación de las demandas sectoriales pudo conformar, en algunos casos, expresiones de solidaridad y de representación de reclamos que excedían los intereses de los asalariados propiamente dichos. Un ejemplo de esto fue el desarrollo de huelgas de inquilinos que se dieron en varios países de la región, así como los debates en torno a la participación de las mujeres y sus derechos específicos como trabajadoras.

Ante el ascenso de las luchas obreras que tuvieron su pico entre 1909 y 1910, con un proceso de radicalización a partir de la implementación de la huelga general (con miras insurreccionales según la interpretación anarquista), y los cambios que se empiezan a dar en el plano económico con un marcado crecimiento cuantitativo del sector asalariado, fue transformándose a su vez, el tipo de vínculo establecido con el Estado. Más allá de la continuidad del aspecto represivo que enlutó con numerosas masacres la realidad de los sectores populares de Nuestra América, comenzó a darse un avance de la legislación laboral y el reconocimiento de derechos de los trabajadores a nivel institucional, que tendrá tempranas expresiones

en los gobiernos de José Batlle y Ordoñez en Uruguay y de Hipólito Yrigoyen en la Argentina. El establecimiento de una vía de comunicación institucionalizada con el aparato del Estado, así como el reconocimiento legal de las organizaciones sindicales comenzó a transformar sus modalidades de acción, ya que se empezó a percibir en las posibilidades abiertas de negociación una nueva forma de hacer valer los reclamos de los trabajadores.

Asimismo, la Iglesia se dio una estrategia particular para incidir en las crecientes expresiones sindicales, buscando conformar una pata de sindicalismo cristiano orientado bajo la doctrina de la *Rerum Novarum*, aunque sin demasiado éxito en esos primeros años.

El desarrollo de las organizaciones sindicales y el crecimiento de sus bases llevó también a la búsqueda de una superación organizativa a partir de la conformación de federaciones y centrales nacionales, pero sin demasiado peso aún del sindicato por rama como opción ante el sindicato por empresa. La conformación de organizaciones a nivel nacional con verdadero peso y articulación por sobre la experiencia local se hará efectiva en etapas posteriores, aun cuando las pretensiones de articulación con el sindicalismo internacional hayan tenido bajo la injerencia anarquista y socialista cuantiosos intentos sin demasiados resultados concretos.

DEL IMPACTO DE LA REVOLUCIÓN RUSA A LA «CRISIS DE 1930»

En las primeras décadas del siglo XX, la situación compartida por la gran mayoría de los trabajadores latinoamericanos era la de malas condiciones de vida y de trabajo, especialmente en el campo. En la zona rural se concentraba la mayor proporción de la población trabajadora: hacia 1930 el 70 % de los asalariados eran peones/trabajadores rurales. La situación de despojo allí era aún más acuciante que en las grandes ciudades, ya que a los bajos salarios se sumaban las jornadas interminables y el pago generalizado en vales.

Para 1918, solo Argentina, México, Chile y Uruguay tenían un movimiento sindical desplegado a nivel nacional, con centrales organizadas en torno a sindicatos de oficio o federaciones. Los sindicatos por rama empezaron a aparecer lentamente en algunos rubros, especialmente en aquellos donde la estructura agroexportadora de los países latinoamericanos generaba grandes concentraciones de trabajadores: ferroviarios, portuarios y mineros, por ejemplo. Gracias al avance del desarrollo productivo en virtud del marco favorable que implicó para los países de Latinoamérica el contexto comercial generado por la guerra europea, fue creciendo la base social de los sindicatos que comenzaron a organizarse de forma incipiente por oficio. La debilidad de las centrales y su dispersión organizativa, no impidió que se pudiera articular a partir del eje territorial forjando movilizaciones comunitarias como las huelgas de inquilinos y las movilizaciones de mancomunadas salitreras en Chile.

Los reclamos a partir de las condiciones de vida y de trabajo fueron los principales articuladores desde el punto de vista gremial y, a partir de la segunda década del siglo XX, permitieron el crecimiento de sectores anarcosindicalistas o sindicalistas revolucionarios, que ponían el énfasis sobre la cuestión gremial más que sobre la política. El desplazamiento hacia estos últimos se hace evidente en la lucha por la sanción de leyes laborales parciales, buscando una negociación



con el Estado sin aspirar a ocupar instancias institucionales. Solo en Uruguay, México, Argentina y, en menor medida en Chile, se había desarrollado para esa época una legislación sobre la cuestión laboral, aunque eso no implicara que esas leyes fueran respetadas o que en las movilizaciones obreras en defensa de estas no hubiera una respuesta violenta por parte de las fuerzas de seguridad.

La FORA, Argentina.

Más allá del bajo nivel de sindicalización en relación con la masa total de asalariados, el poder de movilización con que contaban los sindicatos más significativos era muy alto. Su ubicación en sectores estratégicos de la economía agroexportadora y el alto nivel de concentración de trabajadores en estos núcleos productivos explicó su capacidad disruptiva y su posibilidad de adquirir notoriedad en los reclamos realizados. En ese sentido, serán fundamentales los procesos de movilización de los trabajadores de las ciudades-puerto, de los sectores de transporte en particular los ferroviarios, y de los enclaves agrícolas o mineros que podían afectar, a partir de un ascenso huelguístico, el centro del modelo productivo de los distintos países latinoamericanos. Así, durante la década de 1920 comienza a desplegarse un proceso de resistencia casi sin precedentes, que tuvo como protagonistas a los trabajadores de las economías de enclave agrícola. Enlazando con la tradición de lucha campesina, pero con una representatividad sectorial más amplia de sus líderes, y como continuidad de las huelgas de mineros y de petroleros en Chile, Bolivia y Venezuela en la década anterior, se desarrollaron huelgas de alto impacto que conmocionaron las estructuras de dominación locales. Los localismos, sin embargo, ligados a las dificultades para crear sindicatos únicos a nivel nacional

llevaron al aislamiento de esos procesos y, eventualmente, a su derrota a través de represiones sumamente violentas. Tristemente célebre por sus repercusiones, la masacre de Santa Marta (1928) luego de una huelga de empleados bananeros fue un ejemplo de las posibilidades de acción de los trabajadores altamente precarizados (de baja calificación), así como de la nula voluntad de los Estados más voraces de negociar con un proceso de reclamos radicalizado.

En este marco, aún prevalecía una baja especialización de cuadros sindicales y había una continuidad también en torno a las principales orientaciones ideológicas. Sin embargo, por estos años comenzará a producirse la decadencia del anarcosindicalismo, corriente que había logrado imponerse como hegemónica en casi todos los países: la fortaleza que le daba su táctica de circunscribirse a la lucha reivindicativa, también constituyó una limitación a la hora de proyectarse a la política. Los tiempos habían cambiado y el vínculo con la política comenzaba a prefigurarse como primordial a la hora de trazar nuevas estrategias para el movimiento obrero como fuerza social cada vez más consolidada.

En este contexto, la primera revolución obrera de la historia fue uno de los puntos de inflexión más significativos en el desarrollo del sindicalismo y el movimiento obrero latinoamericano en general. Las repercusiones que tuvo la Revolución rusa (1917) allende las fronteras nacionales excedieron ampliamente las meras cuestiones ideológicas y en el marco del cierre de la Primera Guerra Mundial, implicó un vuelco en el entramado obrero a nivel mundial. En ese sentido, tanto desde el punto de vista ideológico como en el plano organizativo y táctico-estratégico, el movimiento obrero latinoamericano incorporó una serie de novedades que cambiarían profundamente las modalidades de lucha y las características de la representación gremial. Por un lado, el hecho de que un proceso revolucionario de tales características se diera en un país sumamente atrasado a nivel económico, pero con núcleos obreros de gran concentración territorial y numérica, reformuló la concepción de revolución social vigente entre los distintos sectores de la izquierda latinoamericana. La revolución era posible y hasta parecía inminente, en cualquier lugar del mundo, los postulados del marxismo reverdecían con los nuevos aportes teóricos de los revolucionarios rusos.

Por otro lado, la estrategia que se trazó el Gobierno revolucionario en Rusia para conseguir apoyo a nivel internacional, impulsó la proliferación de Partidos Comunistas en todo el mundo. Los PC locales tenían como objetivo no solo la reivindicación y apoyo de la lucha de los obreros rusos, sino también generar las condiciones para que la revolución socialista se expandiera en el resto de los países, en función del ideal internacionalista que compartía la concepción comunista.

En América Latina, el PC tuvo un importante despliegue consolidando su presencia en la mayoría de los países de la región. Su vínculo con el sindicalismo fue prioritario, toda vez que en el ámbito político su posibilidad de alianza con otros sectores se vio sumamente reducida los primeros años (en especial, por el temor que había ante la posibilidad de expansión de la revolución). En ese sentido, la acción sindical de los comunistas tuvo en este nuevo panorama una mayor capacidad de incidencia entre los obreros sindicalizados. La subordinación a la estrategia general de los partidos comunistas en un principio, les dará como ventaja la capacidad y búsqueda de combinar dos aspectos fundamentales: por un lado, la lucha política, orientada a replicar la situación revolucionaria que habían desarrollado los bolcheviques en Rusia, y por otro, la lucha reivindicativa que retomaba

las características de las acciones heroicas que apuntaban a hacer temblar el sistema. El salto cualitativo en este caso, estaba vinculado por el momento, con la combinación de las posiciones clasistas y la lucha por la emancipación nacional.

Sin embargo, la posición subordinada de los PC latinoamericanos a la política internacional de la URSS (lo cual se evidenciaba en las estrategias planteadas a nivel mundial por la Internacional Comunista) provocó, necesariamente, un desfase entre su práctica política y la realidad latinoamericana. En ese sentido, los PC que se desplegaron en los países de América Latina emergieron como reproductores de las políticas soviéticas en una concepción de la práctica revolucionaria subordinada a la idea matriz de que lo fundamental era defender y ampliar el proceso que se vivía en la URSS.

Las transformaciones en la táctica y estrategia que fueron tomando los PC y la Internacional Comunista se expresaron en decisiones políticas concretas, ya que luego de la línea de «lucha de clase contra clase», la aparición del fascismo en Europa reorientó completamente el rol de los militantes comunistas en América Latina. La idea de que el fascismo se replicaba en todo el mundo y que a nivel nacional era la tarea de los PC derrotarlo en sus expresiones locales, llevó al comunismo a adoptar posiciones sectarias en relación con los movimientos nacional-populares que estaban en plena gestación en las décadas de 1930 y 1940 (el caso del APRA en Perú, el peronismo en la Argentina y el «Socialismo Militar» en Bolivia). En vez de analizarlos por su vínculo con la historia y la realidad latinoamericana, los entendían en el marco más amplio de su relación con la IC y, como muchos de ellos eran en añadidura de fuerte extracción anticomunista, los combatieron. Esta posición se agravará a partir de 1935 con la imposición a nivel mundial de la lucha antifascista para los partidos comunistas.

LA CRISIS DEL CAPITALISMO Y DEL ESTADO LIBERAL: LA EMERGENCIA DE LOS MOVIMIENTOS NACIONAL-POPULARES

La caída de la Bolsa de Nueva York en 1929 y la crisis profunda del capitalismo al que dio inicio modificaron profundamente la realidad del movimiento obrero latinoamericano. Paradójicamente, la crisis que afectó de forma cruenta la vida cotidiana de los sectores populares, a la vez fue el caldo de cultivo para el crecimiento y fortalecimiento del movimiento obrero a nivel estructural. El desarrollo, por un lado, de la industrialización sustitutiva de importaciones fomentó un despliegue industrial desconocido hasta ese momento en América Latina, el cual además se verá potenciado por el nivel de concentración en algunas áreas urbanas en el que se dio. Por otro lado, el surgimiento de alternativas políticas al Estado liberal que contenía a esa expresión del capitalismo que se desplomó profundamente, permitió el surgimiento de un marco institucional más viable para la interlocución de las expresiones de las clases populares con el Estado.

El escenario promediando la década era complejo y diverso. Mientras en El Salvador (1932) y en Brasil (1935), los comunistas habían hecho intentos insurreccionales frustrados con rapidez, en la mayoría de los demás países latinoamericanos el vínculo seguía siendo inestable, teniendo en cuenta la debilidad estructural del movimiento obrero a consecuencia de un insuficiente desarrollo industrial que permitiera el nucleamiento de grandes cantidades de trabajadores



Antonio Berni, *Manifestación*, 1934.

en torno a las organizaciones sindicales. Sin embargo, el PC forjó un gran ascenso en la clase trabajadora, aunque sin realizar un proceso de nacionalización de la teoría marxista que enarbolaba como fundamento de su estrategia revolucionaria. En líneas generales, la concepción teórica que defendía el comunismo adoptaba rígidas directivas que en vez de utilizar las categorías marxistas como herramientas de análisis y guías para la fundamentación de un tipo de accionar, funcionaba como modelo estanco para la práctica política. La teoría revolucionaria era planteada desde la Internacional Comunista como una matriz definida *a priori*, aplicable a cualquier contexto político, social y nacional, sin considerar las particularidades que cada uno de estos pudiera comportar. En este sentido, en el Cono Sur, se seguía el camino clásico de búsqueda de conformación de partidos obreros que incidieran sobre los sindicatos; solo en el caso mexicano el movimiento obrero se incorporó tempranamente al partido de la revolución (1937). En esta época continúa predominando, entonces, la acción huelguística y la lucha política democrática de masas, especialmente en áreas urbanas y enclaves mineros.

Para 1935, el viraje del PC hacia la táctica de frentes antifascistas se combinó con el proceso generalizado de legalización de sindicatos y reconocimiento por parte del Estado de las instituciones y derechos vinculados con un movimiento obrero en claro crecimiento. Este proceso, reflejado en el reconocimiento de centrales sindicales y la institucionalización de los códigos de trabajo, fue mellando la influencia de los comunistas en virtud no solo de su posición táctica, que los mostraba en clara contradicción con las experiencias reales de los

Lombardo Toledano y la Central mexicana.



trabajadores latinoamericanos, sino también por la aparición del Estado como un interlocutor válido, al menos de manera incipiente. La visión desde algunas corrientes sindicales de que la negociación con el Estado (como acción novedosa frente a lo que había sido habitualmente una confrontación directa) se convertía en un camino legítimo para acceder a las transformaciones buscadas, cambiaría el eje de la acción sindical ya que, aun cuando no se abandonara la práctica huelguística, se canalizaban de una nueva forma las inquietudes y las posibilidades de participación de los sindicalistas. Junto con el proceso de industrialización sustitutivo que se dio en muchos de los países de la región, crecieron también las organizaciones sindicales que empezaron a formar una amplia capa de militantes especializados, un sector dedicado exclusivamente a la actividad sindical y en condiciones técnicas de realizar esa vinculación con el aparato del Estado, la cual comenzó a estar además regulada por la vía de la institucionalización de las relaciones laborales y sus representaciones gremiales. Este proceso, que algunos autores entienden como una «estatización sindical», le dio una dimensión política a la lucha más allá de las reivindicaciones meramente economicistas, toda vez que los trabajadores comenzaron a convertirse en actores insoslayables del juego político.

En este marco fueron fundamentales las acciones promovidas por la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL), central en la que confluyeron hacia 1938 numerosas centrales nacionales. En principio, esta central funcionó como un vínculo entre el comunismo latinoamericano y los movimientos nacionales antifascistas, pero luego su acercamiento a Estados Unidos y a su política del «buen vecino» transformaron completamente su rol en el marco de alianzas latinoamericanas. En este sentido, será central el lugar ocupado por la Central mexicana y en particular, por Lombardo Toledano, su máximo referente, que en la década siguiente será uno de los principales articuladores sindicales de la estrategia panamericanista trazada desde el coloso del norte.

Para esta época además, se dio la creación de federaciones nacionales y de algunas centrales únicas muy poderosas. Se destacan entre ellas la Confederación General del Trabajo (CGT) argentina, la Central Obrera Boliviana (COB), la Convención Nacional de Trabajadores (CNT) uruguaya y la Central Unitaria de Trabajadores (CUT) chilena. En algunos casos, estas centrales llegaron a actuar prácticamente como organismos políticos de clase.

Con la clara excepción del caso mexicano, en que el sindicalismo tuvo una temprana vinculación con una experiencia política popular desde el Estado, en el resto de los casos latinoamericanos la situación comienza a cambiar con claridad a partir de la década de 1940. Esto es a causa del surgimiento de movimientos nacionales y populares que encarnan de formas heterogéneas y con niveles de representatividad diferenciados los intereses no solo de los trabajadores, sino también de capas más amplias de los sectores populares (que no se verán representadas en los sindicatos). Ante la táctica comunista, que priorizó con el comienzo de la Segunda Guerra Mundial y el posicionamiento en este marco de la URSS, la línea antifascista, estos movimientos de base y conformación ideológica más amplia comenzaron a convertirse en una alternativa mucho más cercana a los trabajadores. La subordinación de los PC latinoamericanos a la política exterior de otros países, los llevó a priorizar el aporte al frente antifascista a nivel mundial antes que las luchas concretas en sus respectivos países. En

ese sentido, su táctica de no realizar huelgas (en especial evitando perjudicar a las empresas cuyos capitales estaban vinculados con los países aliados) y su propaganda en pos de aportar a la lucha contra el fascismo les fue restando base social, en vistas de que los obreros muchas veces percibían estas acciones como una defraudación de sus intereses específicos. Aun cuando muchos dirigentes comunistas retuvieron la conducción de sus sindicatos e incluso fueron reivindicados por su entrega y compromiso, esa adhesión a nivel gremial no se verificaba en el plano político nacional. Los trabajadores se volcaban a votar, convocados por un generalizado proceso de apertura democrática, y sus preferencias derivaban siempre en el apoyo de los movimientos populares que, en muchos casos, eran fervientemente anticomunistas. Lo que aparece como una contradicción insalvable es en verdad un reflejo de la realidad concreta de los trabajadores latinoamericanos, cuya complejidad se hace visible en la capacidad de divorciar políticamente sus opciones gremiales y sus opciones políticas.

Los casos del peronismo en la Argentina y del proceso boliviano entre las décadas de 1940 y 1950 son ejemplos muy claros de esta situación. En la Argentina, el crecimiento del movimiento obrero fue sumamente significativo. Su potencialidad estuvo dada en buena medida por su homogeneidad y por su desarrollo en vinculación con el núcleo central del aparato productivo. Bajo las políticas peronistas de distribución del ingreso y promoción de mayor cantidad de puestos de trabajo, el movimiento obrero se vio fortalecido en sus aspectos materiales, al disputar mayores proporciones de la renta nacional y obtener mejores condiciones en la negociación salarial, en el marco de contexto de pleno empleo. A su vez, el ponderamiento de los trabajadores en términos generales se tradujo también en una altísima tasa de sindicalización, la CGT se convirtió así en una de las centrales obreras más importantes del continente. No solo por su conformación numérica, sino también por su vínculo privilegiado con el Estado que le permitía incidir profundamente en las políticas que se tomaban a nivel nacional. La política del peronismo permitió la incidencia de los sindicatos

Movilizaciones en apoyo a Juan Domingo Perón, Buenos Aires.



en las decisiones políticas en aspectos sumamente variados que excedían las incumbencias puramente laborales, como se demuestra con la incorporación de agregados obreros en las embajadas. El reconocimiento de este papel preponderante en el entramado político argentino se verificó además, en un reconocimiento desde el punto de vista legislativo, con una ley de asociaciones profesionales de amplio alcance y la incorporación de derechos consagrados en la Constitución nacional de 1949. A su vez, desde el punto de vista de las bases sindicales que actuaban en el ámbito de las fábricas, la consolidación de las comisiones internas como órganos representativos y con control efectivo de la situación dentro del ámbito de trabajo (aun cuando no estaban planteadas en la legislación específica como instancias formales dentro del aparato gremial) implicó tanto desde el punto de vista concreto como simbólico un avance efectivo de los sectores populares y el movimiento obrero organizado en su capacidad de incidencia en la política, en la apropiación de la renta industrial y en el mejoramiento de las condiciones de trabajo. El despliegue de un movimiento obrero organizado con tanta capacidad de acción y con una potencia desde las propias bases que elaboraron modalidades novedosas para hacer trascender las decisiones políticas del mero plano superestructural, marcó la historia del país hasta el punto de convertirse el sindicalismo en un factor clave en el desarrollo político de la Argentina.

En Bolivia en cambio, la tradición del sindicalismo obrero estará más concentrada en el rubro minero, en particular por el escasísimo desarrollo productivo del país. Pero su capacidad de incidencia en la política nacional se evidenciará tempranamente y más allá de ser víctima de una de las acciones represivas más cruentas de la región (entre las que se destacan las masacres de Catavi), la COB fue capaz de elaborar un programa político y de establecer un diálogo autónomo con partidos de izquierda (de orientación trotskista, lo cual es una excepción en América Latina) y con sectores nacionalistas del Ejército y de la intelectualidad de clase media. Eso se hizo evidente en la revolución de 1952, en la que la COB tuvo una participación central y en la que proyectó el «cogobierno»: los sindicatos habían elaborado su propia estrategia de participación en el Estado y negociaban de igual a igual con sus grupos dirigentes.

A partir de 1941, la CTAL va a asumir como propia la táctica del PC de no hacer huelgas para aportar al frente antifascista y buscará colocar al movimiento sindical latinoamericano como parte integrante de la coalición antifascista. El peso de la Central mexicana y de Toledano fue fundamental para marcar este rumbo, ya que esa táctica iba completamente acoplada a la política exterior norteamericana. Los enfrentamientos que se fueron generando con centrales como la venezolana o la argentina irán generando rispideces que más adelante derivarán en el surgimiento de centrales alternativas. Desde la Argentina, con uno de los movimientos obreros más poderosos de la región, surgió la propuesta del ATLAS (Agrupación de Trabajadores Latinoamericanos Sindicalistas), muy vinculada con la política exterior del peronismo de agregados obreros en las embajadas y de promoción de su política de alianzas. No fue generalizada la incorporación al ATLAS, los casos más paradigmáticos fueron la Central venezolana y la Central colombiana que se enfrentaban a una alianza entre comunistas y liberales, pero a su vez, estaban vinculados con gobiernos sumamente represivos. Sin embargo, en la polarización que se venía dando entre

La Revolución boliviana.





Afiche en conmemoración del asesinato de Felipe Vallese de la Confederación General del Trabajo (CGT) realizado por Ricardo Carpani.

sindicalismo pronorteamericano y sindicalismo prosoviético, el ATLAS respondió a la necesidad de generar un nucleamiento alejado de las necesidades políticas de ambas potencias y que reconociera la lucha por la unidad latinoamericana como una prioridad de los sectores trabajadores a nivel continental. Impulsado especialmente por la CGT argentina y el Gobierno peronista, el ATLAS implicó la difusión de la «Tercera Posición» como una alternativa contrahegémica en el plano geopolítico, que tenía una significación particular para el peronismo, ya que le permitía asentarse en un apoyo regional en el marco de los numerosos embates que, para 1952, estaba sufriendo el gobierno de Perón tanto en el frente interno, como en el externo. Como planteo central, más allá de la corta vida que tuvo la central, puso en el eje de los debates de los trabajadores sindicalizados la problemática del imperialismo como contradicción fundamental de los países de la región y la necesidad de la unidad como estrategia privilegiada para combatir las imposiciones de los países dominantes.

Las dificultades ideológicas vinculadas con estos posicionamientos en torno a los gobiernos «antifascistas» y especialmente a EE. UU. en el marco de un sindicalismo que ya se vuelve un actor insoslayable de la política, fueron generando divisiones en torno a las disputas de poder que también se dirimieron en el ámbito de las centrales nacionales y latinoamericanas. El surgimiento de un sindicalismo autoproclamado «libre y democrático» será uno de los ejes de los sectores dominantes para hacer mella en el desarrollo de un tipo de acción sindical que ya tendía hacia la política de una manera cada vez más firme, con claras aspiraciones de acceder a un plano de decisiones nacionales y con un proyecto que en algunos casos llega a contemplar lo nacional. El «sindicalismo libre» desde su concepción liberal, buscaba volver a encauzar la acción del movimiento obrero dentro de los cauces reivindicativos meramente. Teniendo en cuenta que ya no era viable desplazar la defensa de los derechos de la clase obrera de la contienda política, lo que se pretendía era evitar que desde esa lucha clasista se abordara la cuestión política y se propusiera desde organismos gremiales un proyecto político que pudiera integrar a la totalidad de los sectores populares. Con el crecimiento de los sindicatos, más allá de las diferencias entre cada país (incluso entre cada región, claramente América del Sur y México tenían un desarrollo diferenciado con respecto al resto), el peso de sus acciones se hacía cada vez más amenazante y cuando entraron en vínculo con los movimientos populares que accedieron al poder del Estado potenciaron su capacidad de acción y lograron, en algunos casos, proyectarse exitosamente a la política. El rol del «sindicalismo libre» era, entonces, una forma clara de contención de ese potencial amenazante a partir de la disociación de la acción política con la acción gremial. Los sindicatos «libres y democráticos» no fueron siempre de gran caudal de militantes, y se caracterizaron por tener vínculos fuertes con algunos gobiernos autoritarios, lo cual les valió el control de recursos en instancias en que los demás sectores del sindicalismo sufrían represión y hostigamiento por parte de las fuerzas del orden. En un camino similar fueron los intentos del sindicalismo «cristiano», aunque cuando entró en conjunción con las doctrinas del Concilio Vaticano II y la teología de la liberación se convirtieron en articuladores de una potencialidad revolucionaria desde las bases y que se estructuraba, a su vez, en el ámbito político.

LA REVOLUCIÓN CUBANA Y UN NUEVO AVANCE DE LOS SECTORES POPULARES

La Revolución cubana (1959) fue uno de los puntos de inflexión del mundo político latinoamericano y afectó profundamente la realidad sindical y las acciones del movimiento obrero en su conjunto. El caso cubano que buscó ligar la lucha armada rural con la acción huelguística en las ciudades, trastocó para siempre el rol de los partidos políticos en la contienda revolucionaria. Más allá de lo que implicó en términos de estrategias de los sectores populares, la tradición que inaugura la Revolución cubana será muy poderosa, en particular por su capacidad de articular intereses de clase (entendiendo a los sectores populares dentro de sus intereses específicos generales y particulares) en una representación política novedosa. El comunismo (representado en el PSP) acompañó el proceso, pero con reticencias y subordinado al «Movimiento 26 de Julio». Este último era el que resultaba identificado por los trabajadores como el que ligaba la cuestión social, sus intereses como clase, con la democracia y la representación política nacional. En ese sentido, la Revolución cubana se enlazaba con la tradición de los movimientos populares de la década de 1940 y de 1950, al expresar intereses más amplios que los obreros y posicionarse como representación nacional de los intereses de los sectores populares. En su radicalización además, producto de la propia experiencia concreta y del desarrollo de las condiciones políticas y presión imperialista, el camino hacia la opción del desarrollo socialista prescindió del Partido Comunista oficial en buena medida, transitó un rumbo original que se salía de las teorías preconcebidas sobre la revolución socialista y articuló una herramienta política novedosa con características más cercanas a los movimientos nacionales que a los partidos de clase, en cuyo seno los sindicatos tendrían un rol importante.

A partir de la década de 1960, sin embargo, más allá del impulso que implicó el proceso cubano para los movimientos revolucionarios a nivel latinoamericano, las condiciones concretas de la estructura económica y sus transformaciones tuvieron una importante incidencia sobre la modalidad de acción de los sindicatos y su propia conformación. La inserción de empresas transnacionales de manera masiva en el marco de un nuevo avance del imperialismo en términos económicos, fue generando el desarrollo de un núcleo muy diferenciado de obreros sumamente calificados, en claro contraste con el período anterior en el que primaba una cierta homogeneidad entre los trabajadores. El ejemplo más claro de esta nueva estructura estará dado por la industria automotriz, en particular en los casos más desarrollados de la Argentina y Brasil donde esta rama tuvo un importante despliegue. A partir de la década de 1970 se empezarán a evidenciar las consecuencias de estas nuevas características y nuevas formas orgánicas en el ámbito sindical. Por un lado, comienza una fragmentación de la clase obrera por la diferenciación interna que se produce ante la especialización de ciertos sectores reducidos que se transforman en una élite en términos económicos. Pero, por otro lado, se fortalecieron algunas definiciones ideológicas hasta el punto de generarse sectores del sindicalismo que tendrán proyectos políticos bien definidos y sobre los que comenzará a desarrollarse el paralelismo sindical. Esta divisoria al interior de los sindicatos, el surgimiento de sindicatos por empresa y la irrupción del «clasismo» como un planteo de la clase obrera claramente marcado por lo ideológico, transformarán el panorama de las centrales sindicales.

LOS EMBATES DEL NEOLIBERALISMO Y EL RESURGIR DEL MOVIMIENTO POPULAR

Con la desestructuración económica y política de la crisis de 1973 y la irrupción del neoliberalismo como estrategia de las clases dominantes, el movimiento obrero comenzó a vivir una de sus etapas más difíciles, afectado por la crisis económica, pero especialmente por la acción represiva sobre los sectores populares. La oleada de dictaduras que atraviesa América Latina tuvo como objetivo contener un ascendiente movimiento popular que en toda la región había empezado a hacer efervescencia, en especial desde el impulso revolucionario de la experiencia cubana. El movimiento obrero en su conjunto fue una de las principales víctimas de las transformaciones impuestas por el neoliberalismo: por un lado, por la desestructuración económica que implicaron las reformas neoliberales, que afectaron principalmente al parque industrial allí donde estaba más desarrollado y liberalizaron el comercio, dejando a grandes cantidades de trabajadores sin su empleo. Además, la flexibilización laboral restó muchas de las conquistas obtenidas en el período anterior, lo cual contó con la complicidad de un sector del sindicalismo que se alió a las clases dominantes para la imposición de estas medidas. Al empobrecimiento y descenso generalizado de la calidad de vida y del poder adquisitivo de los trabajadores se sumó entonces, por otro lado, la represión en su forma más virulenta con miles de desaparecidos y matanzas indiscriminadas en muchos de los países latinoamericanos.

En este contexto, las organizaciones sindicales sufrieron serios reveses, no solo por la pérdida de su base social (en el sentido de que muchos obreros habían dejado de serlo por la falta de fuentes de trabajo), sino también por las intervenciones desde el Estado que se hicieron en busca de «regularizar» la situación de los sindicatos.

A la represión setentista, se sumó una profunda crisis económica en la década de 1980, que se caracterizó por procesos hiperinflacionarios y presiones muy fuertes de los organismos de crédito internacionales que agudizaron la situación de pauperización de los sectores populares y vaciaron las organizaciones sindicales (duramente golpeadas por la pérdida de muchos de sus más importantes referentes). Una excepción importante a esta desestructuración sindical estuvo dada por el caso brasileño, ya que la dictadura que se instauró en Brasil mantuvo el ideal desarrollista y a pesar de la liberalización y flexibilización de las condiciones de trabajo, no apuntó a una desindustrialización del país.

La extranjerización de la economía y los recortes presupuestarios también afectaron a los trabajadores de empresas estatales o de sectores de la estructura productiva vinculados con la explotación primaria, como fue el caso de los mineros bolivianos que fueron despedidos («relocalizados», en términos eufemísticos) de forma masiva y debieron reorientarse hacia otras fuentes de trabajo (lo cual tendrá importantes consecuencias en el período posterior, cuando lleve a la confluencia con el sindicalismo campesino-indígena, en especial con el movimiento cocalero).

Esta desestructuración de la base social sindical llevó por un lado, al crecimiento del paralelismo sindical, en busca de generar nuevas estrategias para afrontar las condiciones novedosas que afectaban a los sectores populares en su conjunto, como también por un divisionismo que fue fruto de la propia debilidad del movimiento obrero para afrontar las nuevas circunstancias. En el caso argentino,



Minero boliviano.



Evo Morales y la COB.
Fotografía: Magalí Gómez.

Encuentro de la Central Obrera Boliviana (COB).

se hicieron evidentes estas tensiones a partir de la conformación de la Central de Trabajadores de la Argentina (CTA) como central alternativa, que en buena medida plantearía su accionar sindical de la mano de las nuevas concepciones y realidades de los sectores populares y de la redefinición del sujeto trabajador en el contexto de las transformaciones neoliberales. Por otro lado, al interior de la propia CGT se conformó una corriente interna, el Movimiento de Trabajadores Argentinos (MTA), que encabezó la resistencia contra las dirigencias sindicales claudicantes.

En los albores del siglo XXI, las transformaciones políticas que se produjeron en forma conjunta en la región, marcaron un cambio de época que permitió la reestructuración del movimiento popular y el avance del reconocimiento de derechos de los trabajadores por parte de los diferentes gobiernos latinoamericanos. Aun cuando no implicó una recuperación del movimiento sindical al nivel que habían desplegado en la etapa previa a los embates del neoliberalismo, significó una mayor capacidad de representación de los intereses de la clase obrera en términos no solo reivindicativos, sino también políticos. El ascenso a la presidencia de un dirigente sindical como «Lula» da Silva en Brasil y Evo Morales en Bolivia, expresa en buena medida las posibilidades de acción política de los trabajadores en una época en que las demandas de clase se han visto expresadas de forma conjunta con la lucha por la independencia económica y la soberanía política. La capacidad de articulación de los intereses de sectores más amplios y la elaboración de un proyecto de desarrollo nacional (afincado en una visión latinoamericanista) es en parte, heredera de más de un siglo de luchas, pero también es una novedad en términos de las alternativas políticas que surgen en el nuevo contexto latinoamericano.



El sindicalismo en Brasil, Lula.



NUEVOS CONTEXTOS DE MOVILIZACIÓN

En la actualidad, cuarenta millones de los seiscientos millones de latinoamericanos están adheridos a organizaciones gremiales que participan de la misma central regional: la Confederación Sindical de Trabajadores de las Américas (CSA), sección de la Confederación Sindical Internacional (CSI), la primera red sindical unificada en todos los continentes y con todas las tendencias ideológicas.

Tras el ciclo neoliberal de reformas estatales y del mercado de trabajo en América Latina de las últimas décadas del siglo XX, y con el cambio del contexto político y económico en la región a gobiernos progresistas, los estudios sobre el sindicalismo regresaron a las agendas de las ciencias sociales y a los debates políticos. Pero este retorno no está exento de debates teóricos y prácticos que acompañan a las indagaciones sobre las prácticas gremiales desde su sociogénesis, hace más de cien años, hasta nuestros días. En los diagnósticos del año 2000 se especulaba si esta práctica social continuaría en el futuro. El abrupto descenso de niveles de afiliación y su escasa participación en los núcleos más dinámicos de los denominados «nuevos movimientos sociales», tanto urbanos, agrupados por la búsqueda de trabajo o por la ampliación de derechos civiles, o rurales, constituidos para luchar por el acceso a la tierra o la defensa de la naturaleza, permitían suponer eso. Sin embargo, quince años después del inicio del milenio, el debate académico y político sobre su persistencia ha sido reemplazado por las indagaciones sobre su importancia en el conflicto social y en la resolución de las relaciones laborales, su extensión a nuevas áreas y zonas económicas, su proyección política y el proceso de confluencia a una central sindical mundial.

En el presente apartado realizaremos un doble recorrido. Por un lado, recuperaremos indicadores laborales para comprender los entramados sociales donde los trabajadores se organizan en sindicatos. Por otro lado, analizaremos las principales variables del sindicalismo latinoamericano e intentaremos mostrar algunas líneas que permitan interpretar su situación actual, en base a su presencia en los países donde tiene mayor arraigo.

QUIÉNES, CUÁNTOS, DÓNDE Y PARA QUÉ: EL SINDICALISMO LATINOAMERICANO A DOSCIENTOS AÑOS DE LAS INDEPENDENCIAS

La unificación de las grandes federaciones sindicales mundiales en la Confederación Sindical Internacional (CSI) abre el interrogante sobre cómo será su posicionamiento ante el nuevo escenario de asociaciones de trabajadores sindicalizados que provienen de cuatro grandes tradiciones: la izquierda (con su variante prosoviética, procubana o independiente de ambas), la católica (socialdemócrata), la capitalista (denominada «sindicalismo libre») y la nacionalista-popular (en la cual se encontraría, por ejemplo, la CGTRA). En la actualidad, la CSI, la mayor red intersindical regional, tiene treinta y cuatro millones de afiliados agrupados en cincuenta y nueve federaciones nacionales, sobre un total de ciento setenta y seis millones de adherentes pertenecientes a ciento sesenta y dos países a nivel mundial. Algunas de ellas con más de ochenta años de antigüedad, como la CTC (1939) de Cuba, la CGT de Perú (1929) o la CGT de la Argentina (1930), otras más nuevas como la CUT de Chile (1957), la CUT de Colombia (1986) o la CTA de la Argentina (1991).

Los diversos intentos de cuantificar el fenómeno sindical colisionan con la dificultad para obtener estadísticas que permitan una comparación de larga duración. Sin embargo, en función de las diferentes bases de datos disponibles, como la producida por la Organización Internacional del Trabajo (OIT), se puede construir una imagen de la extensión del mundo del trabajo en América Latina y de las asociaciones laborales que existen en la región.

Según las estadísticas de la OIT (2013), el desempleo regional se encuentra entre 6 % y 7 %, con una reducción significativa de una tasa del 11 % que existía en el 2003. Siete millones de hombres y casi ocho millones de mujeres buscan actualmente un empleo, de los cuales la mitad de los desempleados urbanos son jóvenes. La tasa de ocupación es de más del 55 %, pero existen 130 millones de trabajadores informales. Aunque la cobertura de bienestar sigue creciendo de forma acelerada, tres de cada diez trabajadores aún tienen problemas para acceder a la seguridad social.

Si bien, por primera vez en la historia, la participación de las mujeres en el mundo del trabajo alcanzó al 50 %, tanto el desempleo, la informalidad y el menor salario por la misma tarea las afecta más que a los hombres. Una radiografía mostraría que el sindicalismo latinoamericano se encuentra en plena adecuación a los nuevos desafíos económicos y políticos del siglo XXI. Por ejemplo, las consecuencias durables de las reformas promercado y los procesos de integración regional.

En el caso de Brasil, el golpe de Estado de 1964, como todos los golpes militares de la zona, tenía entre sus objetivos centrales la reorganización de las relaciones laborales; para eso, disolvió la CGT e intervino a los principales sindicatos del país. Sin embargo, en un contexto de industrialización acelerada, en la región paulista, durante la década del setenta se desarrollaron importantes ciclos de huelgas obreras que posibilitaron la formación de la Central Única de los Trabajadores (CUT), de orientación cristiana y de izquierda. La CUT se conformó como la asociación de sindicatos más importante, con el 65 % de los gremios que adhieren a una central nacional, afiliados a ella. Entre ellos, casi el 90 % de los sindicatos rurales.

Pero la represión no logró evitar que el sindicalismo cegetista tradicional, asociado a las tendencias varguistas y comunistas, mantenga su fuerza y reconstruya sus estructuras y presencia en actividades económicas en diversas regiones. En ese contexto de revitalización sindical, diferentes partidos políticos intentaron distintas estrategias para relacionarse con el Estado y con los actores patronales. Algunos optaron por reforzar los pactos corporativos, otros por una ruptura y recomposición de las relaciones laborales. Sin embargo, más de la mitad de los sindicatos brasileros no tienen representación nacional, sino local, y si bien tras el retorno de la democracia han recuperado espacios políticos, aún persisten serios problemas para ampliar la representación en los lugares de trabajo. Pero en Brasil, la disparidad geográfica es uno de los principales impedimentos de la acción sindical. En ese sentido, se destaca que la segunda central, llamada Fuerza Sindical, concentra su representación en la zona sur del país y en sindicatos como los mercantiles o metalúrgicos, con aproximadamente ochocientos cincuenta sindicatos (20 % de los afiliados a centrales) y con escasos vínculos con los trabajadores del norte del país.

Algunos sindicatos se orientaron por el reformismo socialdemócrata, pero la CUT buscó una alianza con el Partido de los Trabajadores con crítica integral al sistema político brasilero y a las políticas neoliberales que tenían como consenso explícito. Esta última resultó exitosa y, después de la victoria del PT en las elecciones presidenciales del 2002, logró una considerable expansión territorial y un aún mayor acercamiento con otros movimientos sociales como el Movimiento de los Sin Tierra, formado por campesinos que luchan por el acceso al suelo para producir. Se podría afirmar que «desde un punto de vista global, los datos indican que se encuentran registrados 10 592 sindicatos: 3 541 de empleadores y 7 051 de trabajadores. De ellos solo 45 % se declara afiliado a alguna central sindical».

En México, con la reconversión económica y las privatizaciones de empresas públicas, el sector sindical experimentó una modificación sustancial. De los casi 50 millones que podrían englobarse en la población económicamente activa, 31 millones son asalariados. De ellos, cuatro millones y medio estaban sindicalizados en 2012, un millón en la industria y tres millones en el sector servicios. La tasa de afiliación sindical descendió del 13,6 % de la población económicamente activa en 1990 a menos del 10 % en los primeros años del nuevo milenio. Pero esta variación es diferente según el género, dado que las mujeres ascendieron, mientras los hombres descendieron en su adhesión gremial. Del mismo modo, se constata una tendencia a la reducción del peso del sindicalismo de servicios, que ostentaba más del 70 % del sindicalismo del país, en detrimento del sindicalismo industrial.

La Confederación de Trabajadores de México (CTM) continúa ocupando un lugar destacado en la representación de intereses laborales. Su histórica alianza con el PRI y con el Estado le permitió conservar ante el contexto adverso, el monopolio de la participación en las Juntas de Conciliación y Arbitraje y en la Comisión Nacional de los Salarios Mínimos (reguladores del mercado laboral). Como en casi todos los países de la región, la fragmentación sindical impide la expresión de una voz unificada por parte de los trabajadores y limita su poder en la negociación de la calidad de vida y de las decisiones nacionales.

En la Argentina de la última década se consolidó un escenario de recuperación de leyes laborales e instituciones sindicales centrales que, si bien nunca dejaron de existir, habían sido debilitadas. En esta etapa, se observa un resurgimiento de los actores sindicales en el ámbito de las relaciones laborales y en la disputa política. Una

expresión de este diagnóstico puede verse en la sanción de normativas para limitar la flexibilización laboral, mejorar las inspecciones en lugares de trabajo, universalizar la jubilación, permitir el retiro anticipado, la actualización de la legislación de contrataciones, los regímenes especiales para trabajadores rurales y de personal doméstico. Todas ellas fueron realizadas en base a una coalición de las federaciones sindicales que adhieren a la CGT y, en muchas ocasiones, de la CTA con el Frente Para la Victoria (donde el Partido Peronista es mayoritario). Ambas centrales continuaron la tendencia a la división iniciada en la década de 1990 y para 2015, existen cinco centrales sindicales nacionales, aunque todas ellas participan de las instancias de democracia laboral como las negociaciones colectivas de trabajo.

En resumen, podemos afirmar que los actores sindicales retomaron espacios sociales y políticos perdidos en las últimas décadas del siglo XX, pero continúan fragmentados y con grandes dificultades para su accionar en algunos países como Colombia, Panamá o Chile. En los casos de los tres movimientos sindicales más importantes de América Latina, México, Brasil y Argentina, la alianza de sus grupos mayoritarios con partidos políticos de origen popular, les permitió limitar las consecuencias sociales del neoliberalismo y reorganizar exitosamente las relaciones sociales en los últimos años. Los grandes problemas del mundo del trabajo que muestra la región dan cuenta de los límites de la acción sindical en zonas rurales o en los conurbanos de las ciudades, donde la tasa de informalidad es considerable. En la última década, el salario real del subcontinente creció de forma considerable y muchas de esas mejoras se deben a las instituciones laborales heredadas del período de industrialización por sustitución de importaciones. Es tarea de todos los actores sociales interesados en ampliar las bases sociales de la democracia, la discusión de los puntos pendientes sobre la distribución del ingreso y la propiedad.

BIBLIOGRAFÍA

- Bensusán Areous, G. (2013). *Sindicatos y política en México: cambios, continuidades y contradicciones*. México: FLACSO.
- De la Garza Toledo, E., Neffa, J. (2010). *Trabajo y modelos productivos en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Godio, J., Del Bono, A., Fernández Berdaguer, M. L. (2011). Una vida y una obra dedicadas al estudio del sindicalismo argentino y latinoamericano: Entrevista a Julio Godio (In Memoriam 1939-2011). *Cuestiones de sociología*. Recuperado el 5/6/2015 de: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5528/pr.5528.pdf
- Godio, J. (1987). *Historia del movimiento obrero latinoamericano*. San José: Nueva Sociedad.
- Radermacher, R., Melleiro, W. (2007). Buenos Aires: Revista Nueva Sociedad, número 211.
- Melgar Bao, R. (1988). *El movimiento obrero en latinoamérica*. Madrid: Alianza.
- ————— (1989). *El movimiento obrero latinoamericano*. México: Alianza.
- Vitale, L. (1986). A 100 años de Chicago. Recuperado el 5/6/2015 de: <http://nuso.org/articulo/a-100-anos-de-chicago-el-movimiento-obrero-latinoamericano/>